

PRÓLOGO

MACKENZIE

Después de tres compromisos, cualquiera habría dicho que yo era una profesional comprando vestidos de novia, pero jamás había llegado tan lejos. Los dos anteriores habían terminado antes de que hubiera elegido las invitaciones de boda o el lugar del banquete, y nunca me había probado un vestido. En ese momento estaba de pie en un pedestal, con una prenda blanca, en el probador de una tienda de novias, y considerando seriamente fugarme para escapar de todo.

Había demasiadas cosas en las que pensar. Las flores: mi madre había encargado lirios, pero me recordaban a los funerales; el *catering*: pensaba que una barbacoa sería divertida, pero Phil, mi prometido, había elegido un menú de alta cocina. El grupo de música: el organizador de la boda había sustituido el grupo de sonido *motown* que yo había elegido por una gran orquesta. Y, además, Phil llevaba dos semanas un poco distante; supongo que la presión de conseguir que todo fuera perfecto nos estaba pasando factura a los dos.

Necesitaba un poco de aire fresco... o un chupito de tequila.

—Estás preciosa —aprobó mi madre, sonriendo al verme ataviada de novia. Dejé escapar el aire que había estado reteniendo. Mi madre estaba contenta, y eso alivió un poco la tensión que me había hecho fruncir el ceño. Las bodas eran muy importantes para la madre de la novia, pero, por suerte para

mí, Phil y mi madre querían cosas parecidas, con lo que resultaba fácil contentar a todo el mundo. Cuando empezamos a planear la boda me preocupaba que se caldearan los ánimos y que no dejaran de discutir, pero siempre estaban de acuerdo. Yo no; yo quería algo más pequeño, algo un poco menos formal.

Miré a través del espejo las caras de mi madre y de mis dos mejores amigas, Kennedy y Rose. Era reconfortante estar ahí con ellas, que eran todo mi mundo. Dondequiera que estuvieran Kennedy y Rose, yo me sentía feliz y relajada, y podía ser yo misma. Me conocían mejor que nadie en el mundo; éramos amigas desde la guardería y habíamos estado juntas en todos los acontecimientos importantes de nuestras vidas. Mi boda no iba a ser la excepción.

—Pareces una princesa —dijo Rose, tan optimista como de costumbre.

Deslicé las manos por el satén del corpiño con cuidado, para no engancharme las uñas en la tela lisa y brillante. Kennedy sonrió y, tratando de disimular mi reacción, esbocé una sonrisa.

Me frustraba un poco que Rose y Kennedy estuvieran de acuerdo con mi madre y que también les gustara el vestido. ¿No se daban cuenta de que no me pegaba nada?

Tal vez debía dejar de ser tan exigente. ¿Acaso importaba que el vestido no fuera conmigo si era el apropiado? Pero la cosa era que me parecía un tanto ridículo, como si tuviera siete años y estuviera jugando a disfrazarme, como si todo fuera un enorme juego de rol. Las princesas llevaban vestidos así en los banquetes de Estado y los bailes de gala; mi boda iba a ser en el Fairmont de Boston, y el lugar era bonito, pero no era un palacio y yo no era una princesa. ¿Y de blanco? ¿A quién quería engañar? Lo de no practicar sexo antes del matrimonio era una discusión que mi madre no había ganado.

En la universidad me había desmelenado, ya que sentar la cabeza no entraba en mis planes hasta después de graduarme. Había probado la teoría de que a cada tipo de chicos les gusta follarse de una manera concreta: ¿los deportistas pasaban de los preliminares? Sí, pero no eran los únicos; ¿los empollones preferían el misionero? No, pasaban demasiado tiempo en el ordenador viendo porno como para conformarse con una sola postura; ¿qué clase de tíos tenían la paciencia de dedicarse al sexo oral hasta que me corriera? Había abandonado esa línea de investigación por falta de pruebas.

Aquellos experimentos, divertidos en su momento, formaban parte de mi pasado. Mi futuro giraba en torno a Phil, y él era la razón por la que estaba pensando muy en serio decidirme por ese vestido. Sabía que, si a mi madre le gustaba, a él también, y debía tener la boda que quería. Estas cosas eran importantes para él, y él era importante para mí. Quería que fuera feliz. Phil podía no haber sido el primer hombre en ponerme un anillo en el dedo, pero, como dicen, a la tercera va la vencida. Era un tío genial, hecho para ser un buen marido y un padre excelente. En cuanto a nuestra vida sexual... Estaba... bien. Bastante bien. A ver, no era el mejor sexo de mi vida —era más deportista que empollón, y, desde luego, yo no estaba a punto de hacer un gran avance en mi investigación sobre el sexo oral—, pero tampoco el peor. Y, de todos modos, los orgasmos eran la razón por la que Dios había inventado los vibradores.

Solo tienes que ceñirte al plan, Mackenzie.

—¿Crees que me sienta bien el escote sin tirantes? —pregunté, obligándome a volver al presente. Siempre había imaginado que me casaría con un vestido de satén de los años 30, discreto y con el que fuera fácil bailar. El corpiño me apretaba tanto las costillas que me daba la impresión de que me estaba dejando sin aliento para que no pudiera escapar.

La falda era tan enorme que habrían podido desaparecer bajo ella si me arrodillaba en el pedestal. Esa era una prenda para otra persona, para alguien que siempre había soñado con vestirse de princesa.

Pero a juzgar por las caras en el espejo, era «el vestido». Hacía que mi cintura pareciese más esbelta, y eso era una ventaja. Siempre había que ver el lado positivo.

—¿Y pueden tenerlo listo en ocho semanas? —le preguntó mi madre a la vendedora—. Cuanto antes esté, mejor.

Mi madre estaba convencida de que casarme era lo más importante que iba a hacer nunca —bueno, aparte de seguir casada—, porque, quizá, quería que yo tuviera la vida que ella no había tenido, o tal vez solo deseaba, fiel a su estilo controlador, que fuera feliz. Nunca se lo había preguntado, porque habría significado acercarnos demasiado a una charla sobre mi padre, algo de lo que jamás hablábamos.

—No se preocupe por el plazo. Estará listo —respondió la dependienta—. Resaltará más con un cinturón de diamantes.

—Ay, sí, un poco más de brillo sería fabuloso. —Mi madre era la reina del brilli-brilli. Yo no tanto, pero tal vez eso era lo que requerían las bodas: brillos, destellos y pedrería para celebrar que dos personas estaban enamoradas. Tenía lógica, pero seguía sin pegarme.

La dependienta me ató a la cintura un lazo cubierto de diamantes.

—Perfecto. —Mi madre juntó las manos y dejó escapar un suspiro.

Desde luego, era muy... brillante. Posé las manos sobre el estómago para aliviar las náuseas que me invadían. Debían de ser los nervios de la boda.

Estoy. Muy. Enamorada.

Phil y yo supimos desde el principio que lo nuestro era especial, como demostraba que, once semanas después de

conocernos, me pidiera que me casara con él. De inmediato, fijamos la fecha para cuatro meses después. Si íbamos a estar juntos el resto de nuestras vidas, ¿para qué esperar?

Desde que tenía uso de razón había planificado mi vida hasta el más mínimo detalle, y la mayoría de las veces mis planes salían bien. Mi padre solía decirme: «*Debes tener un plan para dirigir tu vida o acabarás con el de otra persona*». Dos días antes de mi sexto cumpleaños había visto desde lo alto de la escalera cómo mi madre le rogaba que no se fuera. Nunca volvimos a verlo, y siempre me había preguntado si de verdad habíamos formado parte de su plan.

Quince años más tarde me gradué *magna cum laude* en el *alma mater* de Hillary Rodham Clinton: un sello de calidad inequívoco de por vida y la primera parte de mi plan. Después de la universidad me convertí en profesora, y en ese momento trabajaba para el departamento de Educación de Massachusetts. Ya había tachado unas cuantas cosas de la lista.

A los veinticuatro años me compré mi propio apartamento, buscando una independencia que consideraba importante antes de formar mi propia familia. Esperaba vivir ahí unos meses antes de casarme, pero cinco años después todo seguía igual. Me encantaba ese lugar: era pequeño y la cocina solo funcionaba el primer martes de cada mes, pero no me importaba. Era mío.

A esas alturas, ya había tachado de mi lista todo lo que había planificado, salvo tener un marido.

Pensaba que ya estaría casada; confiaba en estar casada. Había llegado el momento de reconducir mis planes.

—¿Me pasas la copa? —pregunté, mirando a mi alrededor en busca de la bandeja plateada que la dependienta había dejado. Cogí la copa de Kennedy y la vacié sobre mi hombro.

—Mackenzie —me regañó mi madre.

Miré fijamente el vaso vacío como si fuera una bola de cristal a punto de mostrarme mi futuro. Si tan solo hubiera podido adelantar el tiempo para tener las cosas claras, para estar segura de que iba por el buen camino... Cerré los ojos y conté hasta tres.

—Esta es la buena.

—¿En serio? —Mi madre juntó las manos y se volvió para bombardear con preguntas a la dependienta.

Unas murmullos de voces retumbó tras la puerta de nuestra sala privada, y, por un segundo, me olvidé del daño que me estaba haciendo el corpiño. Cuando por fin pude diferenciar las distintas voces, me fijé en una en particular que estaba fuera de lugar entre aquel mar de mujeres, pero que me resultaba de lo más familiar.

¿Phil?

¿Qué estaba haciendo ahí?

—Siento interrumpir —dijo tranquilamente al entrar en la sala. Mi madre le tiró del brazo para que saliera del vestidor. Entrecerró los ojos con una expresión que jamás había visto. Al menos, no a él—. Tenemos que hablar en privado.

¿Qué era tan urgente que necesitaba hablar conmigo a solas en ese preciso instante? Esbocé una sonrisa, aunque, para mis adentros, intentaba decidir lo sería que era la situación.

—Habré acabado dentro de veinte minutos —respondí, tratando de mantener un tono alegre cuando se acercó a mí a pesar de que mi madre seguía agarrándolo del brazo. Intenté leer su expresión. Si me daba más tiempo, si estaba dispuesto a esperar, lo que tuviera que decirme no iba a ser tan catastrófico para mí, para nosotros.

Negó con la cabeza, con los ojos fijos en los míos como si nos retáramos en silencio.

Solo veinte minutos...

—No puede esperar —rechazó.

Quería fingir que no lo había oído, que no estaba ahí. Fuera lo que fuese lo que tenía que decir, no quería oírlo. Un mal presagio se apoderó de mí; era la misma sensación que había tenido al aprender a montar en bicicleta: la certeza de que iba a terminar con las rodillas magulladas y rozaduras en las manos, de que hacerme daño era inevitable.

Conocía la expresión de alguien que estaba a punto de romper un compromiso: ya la había visto antes.

Aquello no podía estar pasando...

La cuestión era que, al ver la mandíbula tensa de Phil y el modo en que clavaba la vista solo en mí, sabía que iba a ocurrir.

Otra vez.

1

MACKENZIE

—Aquí tiene, señorita —dijo la azafata, tendiéndome un *gintonic* recién preparado.

Le di las gracias, bajé la pestaña para liberar la mesita de plástico gris que tenía delante y dejé la copa sobre ella. Era la tercera desde que habíamos embarcado, y esperaba no bebérmela, pero no iba a prometerlo. Anestesiarme con alcohol me parecía una gran idea porque, por mucho que quisiera a mis dos mejores amigas, no eran buena compañía en espacios reducidos a treinta y cinco mil pies de altura. Sobre todo cuando no tenían ningunas ganas de estar ahí.

—No me puedo creer que estemos haciendo esto —murmuró Rose en su vaso de plástico, empañando el interior, como si fuera una niña pequeña. Miré a Kennedy, que leía una revista y negaba con la cabeza; estaba claro que compartía la opinión de Rose.

—Dejad de lloriquear. —Me apoyé sobre el reposacabezas. No pegado ojo desde la debacle del vestido de novia, como mi madre había decidido llamar al peor día de mi vida. Tenía los ojos cansados y me pesaba todo el cuerpo, pero, hiciera lo que hiciera, no podía acallar la mente ni detener la abrumadora sensación de pánico que se abatía sobre mí cada vez que estaba a punto de conciliar el sueño.

Mi plan se había desviado de su curso. Otra vez.

Tenía que hacer algo, arreglar cosas, porque se me estaba agotando el tiempo. Debía ponerme en marcha otra vez, y la mejor forma de empezar era hacer un viaje, un acto de fe.

—Nos vendrá bien. Reconectaremos con la naturaleza y esas cosas. —Estaba harta de intentar convencer a Rose y Kennedy de que iban a disfrutar de la experiencia. Vale, quizá no fuera así, pero la verdad era que a mí me hacía falta. Debía recomponerme, y no quería hacerlo sola, y sabía que, si les hubiera pedido que hicieran desnudas el Freedom Trail, no lo habrían dudado. Sus quejas me resultaban tan familiares que casi me sentía reconfortada: eran los lamentos que sonaban cuando la gente dejaba de comunicarse, dejaba de practicar sexo, dejaba de decir te quiero, cuando sabías que estabas de mierda hasta el cuello. Hacía tiempo que las cosas no funcionaban con Phil, y yo me había agarrado a un clavo ardiendo, confiando en que todo iba a salir bien. Dejé escapar un suspiro y saqué del bolsillo del asiento delantero el folleto con las instrucciones de seguridad a bordo y luego volví a guardarlo. Lo que necesitaba era el *US Weekly*, algo cutre que me distrajera de lo que estaba dejando atrás.

A esas alturas esperaba haber solucionado lo de tener un marido. Después de casi treinta años, ya había pagado con creces mis deudas y el karma habría tenido que compensarme, pero, al parecer, se había quedado sin fondos. Oficialmente, era una exnovia por triplicado, y por eso estaba en un avión rumbo a Oklahoma.

—Acompañarte a una escapada después de un disgusto enorme forma parte de la descripción del puesto de mejor amiga. Y, lo entiendo, pero no me puedo creer que vayamos a estar en mitad de ninguna parte, Mackenzie —masculló Kennedy desde el asiento de la ventanilla, dándose golpecitos en los muslos con la revista—. Cuando a la gente la dejan, se llevan a sus amigas a México, beben cócteles y se

acuestan con un botones de hotel buenorro o dos, quizá al mismo tiempo. No van a Oklahoma y... Espera. ¿Qué vamos a hacer ahí?

Me aflojé un poco el cinturón de seguridad y me giré para que mis rodillas apuntaran hacia la ventanilla y hacia las dos mejores amigas que una chica pudiera desear. Aunque Kennedy estaba enfadada, me alegraba de que me hubiera acompañado. Me acerqué a ella y le apreté la mano para que supiera lo mucho que valoraba que hubiera venido. Me hizo un gesto con el ceño fruncido. Nunca se le había dado bien el afecto físico.

—No sabes dónde está el rancho, así que ¿cómo sabes si está en medio de la nada? —pregunté, hastiada. Había omitido los detalles: si lo hubieran buscado, se habrían centrado en el camping, en el que no había *spa*, ni wifi ni alcohol. Ya me había costado bastante convencerlas de que vinieran; no iba a darles más razones para negarse.

Kennedy me miró como si le acabara de decir que su vibrador estaba roto.

—Oklahoma está en medio de la puñetera nada. —Su tono se elevaba un decibelio con cada trago que bebía.

—Pareces una niñata de la Costa Este. —Las tres habíamos crecido en Boston y nunca habíamos llegado mucho más lejos, ni siquiera para ir a la universidad, pero en ese momento necesitaba un cambio de aires: Oklahoma iba a ser una aventura, y en ese rancho esperaba encontrar otra versión de mí misma, y por una cosa así iría a cualquier parte. Decían que, si una persona te llamaba asno, debías ignorarla; si te lo llamaban dos personas, debías mirarte en el espejo; y si lo hacían tres, pues te ponías una silla de montar. Yo tenía tres *strikes* y me habían eliminado, pero no estaba preparada para comprar esa silla. Prefería empezar de cero.

Era la versión dos punto cero de mi plan.

—Y me da igual —sonrió Kennedy, levantando su vaso de plástico medio lleno—. Tienes suerte de que te quiero.

El rancho en el que nos alojábamos organizaba retiros para mujeres atrapadas en vidas amorosas que no deseaban, y yo, llegada a ese punto, estaba dispuesta a probar lo que fuera. Si podían solucionar lo que me pasaba y evitar que mis prometidos me dejaran, pues mejor que mejor. No tenía nada que perder. Con cada uno de mis novios serios había pensado que ya lo tenía todo solucionado, que había encontrado la pieza clave para conseguir la vida que siempre había planeado: una familia, un hogar, seguridad, un lugar en el mundo. No podía quedarme donde estaba, atrapada en el bucle del rechazo y la confusión. Estaba claro que precisaba ayuda profesional. Me encontraba en una encrucijada y podía seguir recto o probar una ruta alternativa.

Necesitaba sanar, encarrilar mis planes.

Necesitaba Enamorados Anónimos.

—Las dos te queremos y estamos aquí para apoyarte. —Rose me dio una palmadita en el brazo—. He traído un albornoz, por si los suyos no son lo bastante suaves, pero te lo puedo prestar. ¿Crees que habrá masajes y esas cosas?

Me quedé callada, intentando no hacer una mueca. Algo me decía que la suavidad de los albornoces no iba a importar lo más mínimo cuando las chicas vieran adónde íbamos. Les había dado una lista con lo que iban a necesitar —impermeables, equipo de senderismo y mucho insecticida— y casi las había perdido, pero al parecer Rose estaba en plena fase de negación. Si esperaba un balneario, Enamorados Anónimos iba a ser un chasco tremendo. Paré a uno de los tripulantes de cabina y le pedí otro *gin-tonic*.

—Mira, tú me quieres, ¿verdad? —pregunté—. Acabas de decirlo.

Kennedy respondió con un murmullo ininteligible, ab-sorta en el último drama relacionado con una de las participantes de *Real Housewives*. Le encantaban los escándalos tanto como los odiaba su madre, y una de las razones por las que se acostaba con el primero que pasara era molestarla. Rose asintió y me dedicó lo que debía de creer que era una sonrisa, pero en realidad era la cara que ponía siempre que íbamos a comer marisco y pedíamos ostras.

Me puse a dibujar círculos en la bandeja con el vaso, persiguiendo las gotas de humedad que se habían deslizado por él.

—Y también sabes lo mucho que me importa nuestra felicidad...

Kennedy guardó la revista en el bolsillo del respaldo.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Solo quería avisarte de que el sitio puede ser un poco... rústico. —¿«Rústico» era una palabra lo bastante ambigua como para no considerarme una mentirosa?—. Pero creo que al echar la vista atrás diremos que los cinco próximos días nos cambiaron la vida.

Kennedy se reclinó en el asiento.

—A menos que monte a caballo o me muerda una serpiente, estoy convencida de que unas noches en Oklahoma no me van a cambiar la vida.

—En ese caso, no tienes nada que perder —repliqué. Aunque la verdad era que esperaba que ese viaje sí supusiera un cambio. Quería dejar lo de comprometerme una y otra vez y pasar ya a la siguiente etapa. Quería encontrar a un hombre me propusiera matrimonio y se casara de verdad conmigo.

Todo lo que necesitas es amor... Y una mierda. Que te jodan, John Lennon, gilipollas mentiroso.

—Joder, sí que está en medio de la nada. Mira. —Rose señaló por la ventanilla cuando descendimos entre las nubes. El

terreno era llano y seco y amarillento como si alguien hubiera abierto el sol y lo hubiera derramado por el suelo. El suelo estaba cruzado de líneas marrones de tierra chamuscada y sus colores se fundían con el azul celeste. Era como si Rothko, el autor de esos cuadros en los que aparecían rectángulos de colores difuminados, se hubiera encargado de diseñar ese estado. Era chocante, confuso, inesperado y, sobre todo, diferente. En mi interior floreció por fin la esperanza que había albergado en lo más profundo de mis entrañas al reservar este retiro.

—Ya no estamos en Boston, Totó —murmuró Kennedy.

—Exacto. Es algo nuevo en un nuevo lugar donde todas volveremos a encarrilarnos.

—Estoy bien en el carril en el que estoy, gracias —refunfuñó Kennedy.

—Sabes que no puedes seguir saltando de cama en cama. —Kennedy no creía en el compromiso, y eso que, para ella, comprometerse era aceptar una segunda cita.

Se encogió de hombros.

—¿Por qué no? ¿No has pensado que a lo mejor es lo que me gusta?

Rose y yo intercambiamos una mirada. A las dos nos preocupaba que Kennedy estuviera un poco apagada últimamente, como si hubiera perdido la chispa. Los chicos ya no le parecían algo excitante, y perseguirlos casi se había convertido en una suerte de obligación.

—Solo quiero lo mejor para ti. Y para mí.

Rose suspiró y dejó caer las manos sobre el regazo.

—Estoy harta de tirarme a gilipollas.

—¿Lo haces con un arnés y un vibrador? —bromeé, aunque también un poco preocupada por la respuesta: mi vida sexual era muy sencilla en comparación con la de mis amigas, y me preguntaba si mi falta de... pimienta... en el dormitorio era lo que ahuyentaba a los hombres. Tal vez debería ha-

berle sugerido algo un poco más creativo a Phil. A lo mejor necesitaba algo más.

Kennedy rio entre dientes.

—Aj. No. —Rose me dio una palmada en el brazo—. Eres una pervertida. Lo decía en sentido figurado.

—Deberías intentar no follar con tu jefe. Así, cuando te mande a la mierda, no tendrás que dimitir —comentó Kennedy.

La mujer que teníamos delante se volvió y nos lanzó una mirada asqueada.

—Lo siento —dije. Kennedy siempre había sido tan generosa con las palabrotas como con su cuerpo.

Rose ladeó la cabeza como si estuviera considerando la sugerencia de Kennedy.

—No entraba en mis planes.

—Un alcohólico no planea emborracharse —repliqué, y le di un sorbo al *gin-tonic*—. Lo que tienes que hacer es planear *no* acostarte con tu jefe. —Nada bueno salía de no tener un plan.

Kennedy se giró para mirarme.

—Estoy convencida de que los alcohólicos planean beber mucho.

—No seas pedante, ya sabes lo que quería decir.

—No, la verdad es que no. No somos alcohólicas —protestó Kennedy, apurando su copa.

—No, tú eres una adicta al sexo. Y tú —señalé a Rose— eres una jefeadicta.

—Por lo que se ve, tienes muy claro cuáles son nuestros problemas, pero no has dicho nada de ti. ¿Cuál es tu auto-diagnóstico? —preguntó Rose—. ¿Adicta al compromiso?

Aunque acertado, el comentario escocía, y más viniendo de Rose, que era la más indulgente de las tres. Pero comprometerme no me suponía el más mínimo problema: el problema era seguir comprometida.

—Soy un adicta al amor. —Sabía muy bien cuál era mi enfermedad; solo me hacía falta encontrar la cura.

Kennedy puso los ojos en blanco y se inclinó hacia mí.

—Eres una adicta a planificarlo todo. O una *perfectoadicta*. No tiene nada que ver con el amor.

—Lo que tú digas —repliqué, ignorándola. Siempre me estaba echando la bronca por mis planes, por querer ciertas cosas en ciertos momentos, pero ¿de qué otra forma iba a hacerlo? En mi vida había conocido a chicos estupendos y había tenido la suerte de enamorarme varias veces, pero no había sido suficiente porque al final lo habíamos dejado. Si Kennedy hubiera tenido razón y yo hubiera sido una *perfectoadicta*, habría descubierto cómo ser la novia perfecta, la prometida perfecta y la esposa perfecta y ya habría estado casada.

La señal para abrocharse los cinturones de seguridad se encendió y la cabina se inundó con el murmullo de la gente recogiendo y ajustando los asientos. Ya faltaba poco para que las cosas empezaran a cambiar.

Ese iba a ser el comienzo de mi vida perfecta. Enamorado Anónimos iba a arreglarlo todo. Por supuesto que sí. Solo debía tener un poco de fe y pasar cinco días en Oklahoma.

2

MACKENZIE

Abrimos las puertas de la camioneta y salimos, con los traseros entumecidos después de dos horas de viaje desde el aeropuerto. Entrecerré los ojos bajo el fuerte sol y vi un rancho de piedra y madera, más glamuroso de lo que me había atrevido a imaginar.

Y ahí estaba: Enamorados Anónimos.

Una mujer no mucho mayor que nosotras salió al gigantesco porche y nos saludó con la mano.

—Hola a todas. Bienvenidas al rancho McKenna. Me llamo Brianna. —Estaba tan emocionada que los nervios se anudaban en mi estómago. Solo tenía que pasar cinco días ahí y todo iba a ir mejor.

Pasé del equipaje y eché a andar, desesperada por conocer a la mujer en cuyas manos iba a poner mi futuro. En cuanto subí los escalones del porche, Brianna me abrazó como si fuéramos un par de amigas que se reencuentran después de mucho tiempo. Quizá ya había cumplido los treinta, pero no pasaba mucho de ellos: tenía el pelo brillante, llevaba un maquillaje discreto y vestía vaqueros y una blusa amarilla.

—Este es mi hermano Barrett. —Señaló a un hombre alto que cruzaba la entrada con lo que parecía el típico sombrero de vaquero—. Él llevará las maletas a vuestra habitación mientras las cuatro charlamos un rato. Seguidme.

Me di la vuelta para asegurarme de que Rose y Kennedy nos seguían y me encontré a Rose con la vista clavada en el culo de Barrett, que estaba sacando nuestro equipaje de la camioneta. No me gustaban los vaqueros: jamás saldría con un hombre que llevara los complementos mejor que yo.

El aire acondicionado nos refrescó en cuanto entramos en la casa del rancho. La sonrisa de Brianna no se apagaba jamás, pero aun así parecía sincera, aunque a lo mejor solo estaba respondiendo a la mía. No podía evitarlo: sentía un inmenso alivio de estar ahí, y estaba preparada para dar el siguiente paso, que me llevaría adonde quería ir.

Brianna nos condujo a un gran salón con una enorme chimenea de ladrillo y techos abovedados que parecían de roble. Todo era macizo y práctico, cálido y confortable. Me hacía sentir segura. Si la decoración hubiera sido un poco diferente, habría podido salir en una revista de interiorismo, pero, tal y como estaba, con los mullidos sofás, los cojines desaparejados y los luminosos tapices en las paredes, era acogedor e invitaba a quitarse los zapatos y tomar asiento.

—Sé que acabáis de llegar, pero antes de que os instaléis quería daros una idea de lo que vais a encontrar durante vuestra estancia. —Brianna señaló hacia el amplio sofá que estaba frente a la chimenea. Nos sentamos las tres juntas; frente a nosotras, en una bandeja sobre la mesa, había una jarra de té helado—. Iré al grano: no se me da bien la cháchara intrascendente. —Brianna se sentó en un taburete al otro lado de la mesa y sirvió el té—. Me gusta ponerme manos a la obra cuanto antes. —Me guiñó un ojo por encima del hombro y reprimí una risita—. Quiero que sepáis que mi intención nunca es ofender, pero estoy aquí para ayudar, y a veces eso requiere un poco de sinceridad brutal, pero siempre con cariño. —Se puso la mano sobre el pecho—. Tal vez tenga todos los títulos oportunos sellados por una gran ins-

titución, pero lo que me hace tan buena en mi trabajo es que he estado en vuestra situación. —Brianna sonrió y su mirada pasó de una a otra mientras nos tendía el té—. Probablemente os estaréis preguntando dónde está vuestra media naranja. —*Culpable*—. A lo mejor habéis pasado por una relación que no acabó muy bien. —*No me digas...*—. Tal vez os han roto el corazón un par de veces. —*¿Roto? No sé; magullado, fijo*. Brianna abrió los ojos de par en par—. Bueno, pues yo también he pasado por todo eso. Pensé que me casaría con mi novio de la universidad después de graduarme y que sería madre de varios críos a los veinticinco años, pero no fue así. Creedme, cuando ves cómo una mujer de la edad de tu madre se la chupa a tu prometido, te replanteas las cosas que siempre habías deseado. —Kennedy se atragantó con la bebida, pero la sonrisa de Brianna no se apagó ni un ápice, como si solo nos hubiera dado la receta de una tarta de moras. Parecía encantada de que le hubieran puesto los cuernos; a lo mejor era algo típico de Oklahoma. Al menos Phil no me había dejado por otra, que yo supiera. Brianna se echó un poco hacia delante en su asiento—. Me faltó poco para rendirme: dejé de confiar en los hombres y levanté un muro alrededor de mi corazón, al menos hasta que cambié el chip y empecé a valorarme más a mí misma. Y eso es lo que quiero hacer por vosotras, chicas: sacar vuestra diosa interior. —*¿Diosa? ¿En serio?*—. Voy a insuflar un poco del aire de Oklahoma en vuestros pulmones de ciudad. —Movié los dedos—. Una pizca de magia y veréis lo lejos que habremos llegado al final de nuestros cinco días juntas. Si confiáis en mí, seréis mucho más felices cuando os vayáis. Tan sencillo como eso. ¿Qué os parece?

No tenía nada que perder y ya estábamos ahí, así que asentí.

—Suená bien. —No nos había dado ningún detalle, solo había hablado de magia y diosas, y yo quería saber qué iba-

mos a hacer en concreto. ¿Cuándo nos iban a enseñar cómo averiguar lo que querían los hombres? Como nadie más preguntó, lo dejé pasar. Estaba deseando empezar de una vez: debía encarrilar mis planes.

—Mantened la mente abierta durante cinco días y os prometo que vuestras vidas amorosas pasarán de «coche de trenes» a «vagón de primera clase». Pero debéis confiar en mí. Tú también, Kennedy. Sé que tendré que ganármelo, pero esa es mi especialidad. —Se había dado cuenta de que Kennedy era la más cínica de las tres. Kennedy se encogió de hombros—. Si queréis, Barret os acercará al bar del pueblo dentro de treinta minutos. Está a menos de una milla.

—Vaya, ¿vamos a ponernos ya a buscar marido? —pregunté.

—Jugad al billar, bebed unos whiskies, pasad una noche estupenda y volved aquí, listas para continuar sin alcohol, tacones o teléfonos móviles.

—¿Qué acabas de decir?! —exclamó Kennedy—. ¿Sin teléfonos?

Hice una mueca: no había que subestimar la ira de Kennedy. Pero, además, ¿y si me llamaba Phil? ¿Y si quería que habláramos? Quizás me había precipitado al viajar al medio de ninguna parte.

—De todos modos, aquí casi no hay cobertura —respondió Brianna; se levantó y se estiró los vaqueros.

Pude sentir la mirada de Kennedy clavada en mí. Estaba enfadada, y yo, muy nerviosa: no había esperado estar ilocalizable.

—¿Sin móviles? —me gruñó al oído.

—Cariño, no los vas a necesitar, en serio. —Brianna fue hasta un arcón de madera enorme y sacó varias bolsas—. Poned aquí lo imprescindible para acampar. —Nos dio una mochila a cada una—. El resto, metedlo en la maleta y de-

jadla en vuestra habitación. Vamos a volver a lo básico, chicas. Confíad en mí, lo pasaremos bien.

A Kennedy y a Rose les estaba sentando como una patada en el estómago, y yo no estaba mucho mejor.

—Entonces, ¿nos concedes una última noche de libertad antes de alistarnos en la Legión Extranjera? —preguntó Kennedy.

—Tómalo como una última noche antes de empezar de cero mañana. —Brianna se dio una palmada en los muslos y se volvió hacia la escalera—. Vuestra habitación es la segunda a la izquierda, subiendo las escaleras. Aseguraos de estar aquí mañana a las seis, con resaca o sin ella, y traed los teléfonos y las carteras. Los guardaré bajo llave.

—¿No vas a darnos más detalles sobre lo que nos espera? —preguntó Rose.

—¿Y dónde estaría la gracia? —respondió Brianna con una risita.

—Te voy a matar —dijo Kennedy cuando Brianna se fue.

—Relájate, cualquiera diría que tu teléfono es como tu vibrador —repliqué. Solo son cinco días. —Phil iba a esperar, ¿verdad? Es decir, si quería que volviéramos, un puñado de días no tenía importancia, ¿no?

—Tenemos que sacarle el mayor partido posible —anunció Rose, siempre tan práctica—. Puede ser divertido. No vamos a tener que impresionar a nadie con maquillaje y ropa bonita —explicó mientras nos dirigíamos a las escaleras.

—Apuesto a que podemos encontrar a unos vaqueros buenorros esta noche. Barrett es un pedazo de tío —meditó Kennedy, dándome un codazo—. Seguro que tiene un par de amigos como él. Y luego mataremos a Mackenzie.

—Oye, solo intenta solucionar nuestros problemas amorosos. Podría ser peor —intervino Rose—. Al menos sabemos que la intención es buena.

—Te lo repito: estoy encantada con mi vida amorosa. ¿Quién ha dicho que todos tenemos que sentar la cabeza, ca-sarnos y ponernos a parir niños?

Sonaba muy bien, pero sabíamos de sobra que Kennedy utilizaba el sexo para mantener las distancias con los hombres.

—Voy a echar un polvo esta noche, ¿y sabéis qué? Voy a hacer que vosotras también os enrolléis con alguien. Eso os curará de la adicción al amor y a los jefes.

—Por mí, encantada. Estoy más que feliz de aceptar lo que la vida me depare —rio Rose.

—Y más si es el tío bueno del pueblo —añadió Kennedy.

—Vamos a sacarle partido al brillo de labios —acepté, y subimos las escaleras. Me gustaban las comodidades casi tanto como a Kennedy y a Rose, pero estaba dispuesta a renunciar a ellas durante unos días para retomar mis planes. A lo mejor Phil no volvía a llamarme y, en ese caso, al menos habría aprendido a ser mejor novia para el siguiente.

Barret se detuvo en la carretera principal, frente a un bar llamado Jimmy's, en lo que parecía ser el centro del pueblo. Había una gasolinera cruzando la calle y una tienda de veinticuatro horas al lado del bar, junto a un par más que ya estaban cerradas. Y eso era todo: Christie, Oklahoma.

Un puñado de camionetas estaban aparcadas en el solar de Jimmy's, pero no se veía un alma; ni tan siquiera un triste semáforo. No me habría sorprendido en absoluto cruzarme con una planta rodadora. Yo había crecido en Boston, siempre a rebosar de gente y luces brillantes, y no podía ni imaginarme cómo era crecer ahí. Estaba tan lejos de Boston en todos los sentidos que de pronto me asaltaron las dudas: ¿cómo iba a aplicar en el mundo real todo lo que aprendiera ahí?

Barrett se inclinó sobre Kennedy, que había insistido en ir delante, y metió la mano en la guantera.

—Toma. —Le puso una linterna en el regazo—. Gira a la derecha al salir de Jimmy's y sigue recto hasta llegar al rancho.

—¿No vienes con nosotras? —preguntó Kennedy cuando abrimos la puerta para salir.

—No.

—Podrías pasar a tomar algo más tarde y contarnos lo que hacéis por aquí para divertirnos. —Kennedy sacó una pelusa imaginaria de la manga de Barrett, y puse los ojos en blanco ante el poco sutil coqueteo. Para el caso, habría podido sugerirle sin más que se desnudara para bailar el tango horizontal.

La mirada de Barrett permaneció clavada en el parabrisas mientras bajábamos de la camioneta. El calor fue un *shock* después de haber pasado unos minutos con aire acondicionado. Me estiré y eché la cabeza hacia atrás. Lo que no tenían en gente lo compensaban en estrellas: no tenía ni idea de que hubiera tantas en el cielo.

—¿Estaremos a salvo? —preguntó Rose, jugueteando con sus gafas.

—Mientras no os cojan los coyotes... —contestó Barrett, y se alejó a toda velocidad en la oscuridad.

—Si nos comen los coyotes, dejaré que Kennedy te mate —anunció Rose.

—Bebe suficiente vodka y los coyotes no te comerán. He leído en alguna parte que no les gusta el olor —repliqué, agarrándome a un clavo ardiendo. Con suerte, si estábamos lo bastante borrachas, íbamos a olvidar que unos animales salvajes podían devorarnos.

—Es una razón estupenda para emborracharnos —aceptó Kennedy.

El sonido de las risas resonaba a nuestro alrededor a medida que nos acercábamos a la puerta del bar. Cruzamos una sonrisa. Si estábamos juntas, nos divertíamos en cualquier sitio, y Oklahoma no iba a ser la excepción.

La tenue luz amarillenta hacía que el bar pareciera de otro mundo.

—Pero ¿qué cojones...? —murmuró Kennedy al cruzar la puerta detrás de mí. El noventa por ciento de los clientes eran hombres vestidos con vaqueros y tocados con sombreros de vaquero. Parecía el bar de una película de Clint Eastwood: iluminación suave, una gramola en la esquina, una mesa de billar en la pared de enfrente. Boston no había visto un lugar así desde 1976.

—¿Qué esperabas? —pregunté—. ¿Cócteles y luces de neón? Iré a por las copas. Vosotras buscad una mesa.

Me dirigí a la barra acompañada por los acordes de una triste canción *country*.

La mayoría de los taburetes de la barra en forma de L estaban ocupados, pero me metí entre dos hombres e intenté llamar la atención del camarero. No iba a hacer el ridículo y a pedir un cosmo, pero no tenía muy claro qué era lo habitual. Miré a Kennedy y a Rose. Tal vez debería haber dejado la elección de las copas en manos de otra persona. Había un millón de tipos de whisky alineados en los estantes de madera detrás de la barra, y me puse de puntillas, intentando ver si había alguna nevera con vino debajo.

Esperaba que en un sitio así atendiera la barra un tío canoso con camisa de cuadros que tuviera pinta de haber comido demasiados filetes, pero en su lugar me encontré una chica de unos treinta años muy guapa, algo andrógina y con expresión hosca. Sonreí para captar su atención, pero me ignoró y siguió charlando con uno de los clientes que estaba más cerca de la puerta. A lo mejor servían en las mesas...

—Disculpe, señor —le dije a un hombre mayor con un enorme bigote que estaba a mi lado—. ¿Sirven en las mesas o tengo que pedir aquí?

—¡Gillian! —bramó—. La señora quiere un trago. ¿Por qué no haces tu puñetero trabajo?

Gillian se acercó a nosotros.

—Cálmate, Jed. No voy a cargar con la culpa si te da otro infarto. —Gillian se metió el paño en el delantal y se volvió hacia mí—. Hola —saludó, alineando vasos de chupito delante de mí.

—Hola. ¿Tienes vino blanco? —pregunté, en parte esperando que me echara a la calle.

—No —respondió—. Whisky. ¿Sois tres?

—Sí, tres. —Al parecer, en ese bar consumías lo que te daban y punto.

Sirvió seis chupitos de whisky y los dejó en una bandeja redonda de metal. No recordaba haberlo probado nunca, y mucho menos haber bebido un chupito.

—¿Seguro que puedes arreglártelas con esos zapatos? —preguntó Gillian, enarcando las cejas, como si le importara un pimiento que me cayera de bruces. No tenía por qué saber que, para mí, lo que llevaba eran como zapatos planos. Hasta habría podido escalar el Gran Cañón con ellos.

—Gracias por tu preocupación. No hay problema. —Cogí la bandeja y me dirigí hacia la mesa de billar. Al final de la barra, Barrett le dio una palmada en la espalda al tipo que tenía al lado y soltó una risita. Kennedy iba a estar encantada de saber que había cambiado de opinión y había ido a tomar una copa. Hice una pausa y me fijé más en su perfil, intentando enfocar la vista bajo la escasa luz: la mandíbula, la barba oscura... No era Barrett.

El pelo negro azabache que asomaba bajo la gorra era idéntico, pero ese tío era más alto, más grande en todos los sentidos.

Me quedé mirándolo como si estuviera bajo un foco: lo que lo hacía destacar no era solo que no usara un sombrero de vaquero o que llevara una camiseta en lugar de las camisas de cuadros que abarrotaban el bar. Entrecerré los ojos, tratando de memorizar en detalle su piel bronceada, sus fuertes manos en torno a la botella de cerveza y la sonrisa cómplice, del tamaño del mismísimo estado. Estaba ahí sentado como si esa pequeña parte del mundo le perteneciera, como si no tuviera nada en común con el resto de los clientes y todo el mundo fuera consciente de ello. Las pestañas oscuras enmarcaban unos profundos ojos marrones; parpadeó despacio, y se me tambaleó la bandeja. Miré hacia abajo para asegurarme de que las bebidas seguían en su sitio, y cuando levanté la vista el desconocido asentía a la persona que estaba a su lado. Parecía relajado y seguro de sí mismo y, al mismo tiempo, fuera de lugar.

Reprimí un estremecimiento y sujeté con más fuerza la bandeja. Al parecer, en ese pueblo sí había hombres muy guapos.

—¡Aquí! —gritó Rose, rompiendo el encantamiento que me había poseído. Me di la vuelta, me orienté y fui hacia mis amigas, tratando de sacudirme de encima la sensación de que tal vez el tío del bar me estaba mirando. Y que yo quería que lo hiciera.

Levantamos los vasos y bebimos los chupitos. El whisky era amargo y suave al mismo tiempo. Arrugué la cara como si estuviera chupando un limón.

—Vaya, qué fuerte —dijo Rose. Asentí, con el sabor aún en la boca—. Pero tenemos que emborracharnos un poco para echar un polvo.

Sacudí la cabeza.

—No voy a follar ni poco ni mucho. —Volví a mirar hacia la barra, atraída por el perfil del desconocido alto y moreno—. Sabes que ese no es mi *modus operandi*.

—¿Y cómo te ha ido hasta ahora con ese *modus operandi*, Mac? —preguntó Kennedy—. ¿No es esa la razón por la que estás aquí? ¿Para cambiar las cosas?

—Sí, y estoy convencida de que voy a aprender un montón estos días. —Me preguntaba qué íbamos a hacer. Brianna era psicóloga; ¿habría clases?

—Nada te impide empezar ya. —Kennedy me tendió el segundo chupito—. Estás en medio de la nada. Este es el lugar perfecto para un rollo de una noche. Estaremos aquí cinco días y no vamos a regresar jamás. No vas a volver a verlo y tu madre no va a enterarse. —Me miró por encima del hombro y me guiñó un ojo. Me giré para ver qué había captado su atención: un tío alto y rubio que sostenía un taco de billar. No estaba segura de si era el hombre o el billar lo que le interesaba. Para Kennedy todo era muy simple: quería follar, así que buscaba a un hombre y se lo llevaba a la cama. Yo había tenido un par de rollos ocasionales en la universidad, pero desde entonces tenía una política de solo novios cuando se trataba de sexo.

—Estás soltera —comentó Rose—. Y podría ayudarte a superar lo de Phil. Ya han pasado semanas...

Volví a echar un vistazo a la barra. Había algo en el desconocido que hacía que no descartara sin más un rollo de una noche, a pesar de lo que les había dicho a mis amigas. Quería saber más de él, oír su voz, sentir su aliento en mi cuello. A lo mejor me sentaba bien, como si fuera parte de la terapia, el comienzo de mi rehabilitación amorosa.

Me tomé el segundo chupito, que me sentó mejor que el primero.

—¿Qué tal si intento cambiar la música, pedir más chupitos y echar un vistazo a ver si veo a un tío con el que charlar un rato? Es mi última oferta. —Ladeé la cabeza.

—Puf, se te da bien regatear —masculló Kennedy—. Pero vale. Mientras tanto, voy a presentarme a esos tíos, ju-

garemos al billar y ya veremos con cuál te enrollas. —Kennedy era la persona más tenaz que conocía, pero también la más lógica. Si quería un rollo de una noche, estaba en el lugar perfecto: en medio de la nada, donde nadie me conocía y sin expectativas de futuro. Y charlar un rato con el tío de la barra no era tan mala idea, ¿no?